De heridas y cicatrices

Manuel Tejedor Rábano

De heridas y cicatrices

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

Primera edición, marzo de 2026
© Manuel Tejedor Rábano, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-02-3
THEMA: DC-DCF-DCC
DEPÓSITO LEGAL: M-6918-2026

Poemillas

La mirada del que va a morir,
como si alcanzase la mirada de agonía
de alguien que nadie ve.

***

Algunas veces, se ama el amor
con la sombra de sangre de un ser querido.
Hay que temblar para que un cuerpo viva herido.

***

Considerad que la empresa debe su creación a vosotros,
pero de plusvalías de trabajadores ha crecido.
Ya no es propia, sino de todos, para emplear a más trabajadores.

***

Ametrallando a enemigos pensaba,
cuánta descendencia de ellos ya no sería.
Alguna vez, él mismo de ella habría sido.

***

También es machismo decirle a una mujer
lo que tiene que sentir, pensar, hacer, decir…

***

Verdad intuida

Verdad intuida, subconsciente, eterna
ráfaga iluminadora,
luego la oscuridad de entenderla.
Soledad del amor, acompañándote.
Un no sé qué que todo lo adivina, si no lo sabe.
Ya no sé por qué te quiero, amante perdida.
Ya no sé por qué me enamoraste si sigo de ti enamorado.
Ráfaga del amor que se entiende si no se comprende.
¡Oh, dolor en que entra el amor para sanar el alma, dejando desangrar
[la felicidad!
Mi fe perdida en ti, ¡qué bella era!

Soy el amante

Soy el amante, tengo a la amada.
Te amo como merece el ser amado,
con el pensamiento alado de terrenal ternura.
Como a un Dios se amaría si mereciese ser amado.

Te amo, si existiera, como un Dios a sus seres creados.
Te amo, como si hubiese llegado la paz a las guerras,
como si la muerte, enfadada de nuestras vidas, no quisiese hablarnos.
Vendrá la luz del sufrimiento a iluminarnos la herida y nos encontrará
[a oscuras, amándonos.

¡Qué grande ha llegado a ser nuestro espíritu iluminado,
surgido de dos cuerpos confundidos, amante con amado!
Dichoso fue el día que nuestros ojos fueron amorosas miradas.
Venga lo que venga, soy el amante. Tengo a la amada.

Poemillas

Mi padre, a los quince años, dijo tener dieciocho
para defender la República Española de soldado.
Para ser del correo de la libertad mensajero de trinchera en trinchera
[y sanitario.

***

Profetas
tuvieron que tragarse trozos de su bola de cristal.
Sus palabras hablaban ensangrentadas.

***

Donde habita el vuelo

Donde habita el vuelo, el alma toma alas.
Cordón umbilical de todo títere muerto.
La niña acaba de perder sus manos,
sus muñones extienden al cosmos sus heridas.

Cuando regresen todas las ausencias, ¿les reconoceremos?
¿Sabrán que fuimos nosotros quienes les echamos de menos?
Cuando se vaya la pálida tez de la muerte, ¿viviremos?
¿Nos reconoceremos por los jardines abandonados de la infancia?

¿Buscaré del día olvidado el rincón de tu recuerdo?
Volveremos a vivir, más que nada para volver a amar,
para que el amor pueda volver a sentirnos, amándonos.
Las heridas de la falta de las manos de las niñas no cicatrizan.

Llueve más que nada

Llueve más que nada por la mar, por la lluvia, por la lágrima,
hasta que el olvido o el recuerdo nos destroce el alma.
Vivió de alma por amor del solitario, que se soñaba acompañado.
Un beso de los sueños es, en la tempestad, una dársena mecedora.

Recuerda la meretriz el viaje de niña al corazón de la muñeca,
aguas pálidas de las mejillas de la luna de lágrimas marinas.
Ahora, acaricia su soledad en el prostíbulo de todo embarcadero.
Escribe en una servilleta de papel el precio de su cuerpo, para que lo
[vea un marinero.

¡Qué hermosas son las palabras que una vez tuvieron el valor de ser
[dichas y escuchadas!
¡Qué hermoso es el silencio de quien escucha, de otra boca, la palabra más bella aún no pronunciada!
¡Qué hermosa es la palabra de quien escucha, de otra boca, el silencio
[más bello aún no desvirgado!
Ella dibuja un corazón en una servilleta manchada de carmín rojo
[de sus labios, y su beso sangra.

Poemilla

¡Que tenga yo que explicar a Dios
lo que Dios tendría que explicarme a mí!

***

El bosque se mueve

El bosque se mueve, ha pasado un dios.
No creó la hermosura de las nieves de las cumbres
ni los lirios del manantial de las doncellas,
ni los árboles que saben tanto de cielo como de tierra,
pero, después de haber venido el dios, todo es diferente.
¡Ha pasado el dios acariciador!
Cada gota de lluvia es una gracia de emocionada lágrima.
Cada hoja es un ojo ciego que mira su hojarasca.
Ya el dios mensajero del cosmos da vida a la vida,
ha puesto en cada latido el corazón deseado.
De cada corazón, las sangres han dejado de extraviarse.
Aun perdidas en el bosque, las almas se encuentran.
Ha pasado el dios de las gracias con que amar lo creado y se aman
[los creados.

La ciudad se mueve, ha pasado un dios.
No creó las calles llenas de desconocidas caras,
pero, después de haber caminado junto a ellas, todos son diferentes
[sin extrañarse.
Cada mirada es una gracia que hermana ojos que ya ven almas.
Ha pasado el dios acariciador de las caras de dolor, con la fe del
[amor en sus dedos.
Copos de nieve caen de paz sobre las tristezas como rocío.
En dirección a casa, se camina con la contemplación de quien hace del hogar su propia alma, para, en su morada, poder descansar.

Vuelvo a decir

Vuelvo a decir las palabras del poeta muerto
y, en el charco de lluvia, chapotean sus pies desnudos de niño.
Vuelvo a decir las palabras del poeta muerto
y, en el cielo, las nubes vuelan de grullas, que regresan a casa, del
[invierno.
Vuelvo a decir las palabras del poeta muerto
y, en las calles de la ciudad, le veo cogido de la mano de su hijo,
[llevándole al colegio.
Vuelvo a decir las palabras del poeta muerto
y del amor de dos jóvenes en el parque crece más verde la hierba.
Vuelvo a decir las palabras del poeta muerto
y en las heridas de las guerras medican las hemorragias; si merece la
[pena derramarse de sangre y no de amor, meditan.
Vuelvo a decir las palabras del poeta muerto
y los muñecos de nieve lloran, emocionados, unos copos de nieve.
Vuelvo a decir las palabras del poeta muerto
y, en la playa, mis hijos hacen castillos de arena, como sus hijos los
[habían hecho.

Vuelvo a decir las palabras del poeta muerto
y la muñeca de serrín me sonríe, como si fuese de barro, preparada para encarnarse por el milagro de un titiritero, que la ha concebido
[en verso, haciéndola de palabras.
Vuelvo a decir las palabras del poeta muerto
y me coge de la mano para llevarme a las moradas de su alma, donde habita el encuentro.

La duda

La duda de los días tristes,
la certeza del abismo de toda alma,
las palabras que no saben si es verdad pronunciarlas,
si es mentira escucharlas.

Los pétalos de piedra del vientre de la rosa,
las lágrimas de rocío sobre la hierba del alba,
la soledad de la noche, que me ha abierto los ojos ciegos.
Otro día, otro barco se aleja, llevándome de estela.

Calles donde la mar me navega en un día de lluvia. El barro llega
[hasta mis habitaciones.
Los ojos de ella están parpadeando de estrellas de los semáforos de
[triste mirada.
La duda de los días tristes de tristes miradas.
Arrojada o perdida, la llave del cajón con los secretos de mi alma.

Poemillas

Ayer, en el parque y sobre el asfalto, una hormiga intentaba arrastrar
una lombriz de charco de lluvia, muerta, abrasada por el sol.
Hoy, lombriz y hormiga, en el mismo sitio, yacen muertas.
Sin haber logrado alcanzar el barro, el tiempo las ha alcanzado.

***

Los pordioseros no tienen por qué comprar voluntades,
las hacen.

***

Llega la muerte a su destino

Llega la muerte a su destino: mi vida.
Ni siquiera tú y yo hemos llegado a conocernos.
El amor, en pañales, apenas ha crecido todavía
y ya la mecedora de la muerte de viejos nos acuna.

La vida, que nos tuvo de huéspedes en su morada alojados,
siempre quiso que emprendiéramos el camino hacia ninguna parte.
Los cómicos nunca dieron buen caldo al guiso de la vida.
Nos iremos en un día de lluvia, a ser posible, sin que nadie advierta
nuestra partida, por lo de evitar derramar lágrimas en la muerte
[como en la vida.

Despedidas de: «¡Ahora, que te conozco, tengo que partir!
¡Ahora, que te quiero, me obligan a marcharme!»,
y la muerte, que necesita habitantes para sus moradas,
nos quiere de huéspedes, aun sin preguntarnos cómo éramos, sino
[tal como somos.

Te quiero

Te quiero a vivir.
¡Qué pena que muerto no pueda ya quererte!
Tu nombre vive para siempre en mí. Debo morir y matarlo, sin tu
[nombre no existe mi nombre.
Tu nombre abre la herida de mi cicatriz.
Tu nombre crece en el vacío de mi abismo.
Tu nombre rompe las treguas de mis guerras conmigo mismo.
Tu nombre es la luz urgente que ciega mi ceguera.
Tu nombre es el recuerdo del día en que me mataron tus recuerdos.
Tu nombre es mi faro y mi brújula, y yo, siempre para ser en tu
[nombre, en tu nombre me pierdo.
Tu nombre y no sé por qué te nombro, si tu nombre persigue mi
[alma hasta devorarme la vida.

Se puede querer

Se puede querer de manera apasionada a quien ni siquiera se conoce,
[como Gustavo Adolfo Bécquer.
El mundo ni quiere conocerse, provoca a la vida, que provoca al arte.
Inconscientes e irracionales, las letras se apoderan de los sentimientos,
y estos de las palabras.
Sensaciones y sentidos del amor, como el sexo femenino al dar a luz,
se estiran más para ser el ser de la creación.
La poesía es incomprendida, como la vida.
El alma es incomprendida, como la vida.
El espíritu es incomprendido por el alma.
Es la poesía la que comprende al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.
Es ella la que nos comprende.
Tal como el amor conduce a la muerte, la muerte conduce al amor.